## CAPITULO XXIV

## DOS AMIGOS

En el Jardín de Plantas, las criadas, los soldados, los modestos rentistas de la calle Copean, se agrupan diariamente delante de una jaula grande en que están los monos. Estos animales se vuelven malos, y, lo que es peor, enfermos; la vida recogida y contra la naturaleza les ha destruido el pelo; se ve en distintos puntos de su cuerpo, bajo la pelusa gris ó amarillenta, aparecer espacios de carne rojiza. Es un triste espectáculo ver sus hocicos nerviosos y ásperos; se agitan con gestos ridículos, gritan y refunfuñan, se pelean por una manzana ó un bizcocho, suben á los más altos hierros y hacen tunantadas en presencia del público. Este los ha depravado con sus risas y sus excitaciones; ellos le pagan manchándole los ojos con la manifestación descarada de sus deformidades y de sus vicios. Son sus bufones preferidos, ellos halagan en él la fiebre mal sana.

Esta misma impresión me causan los teatros pequeños. Los actores son monos afinados y mimados, y la jaula pintada en que todas las noches se encaraman y se mueven, es peor para la salud corporal y moral que la rotonda enrejada donde brincan sus colegas del Museum. Como éstos también están pelados de cuerpo y alma. Como sus colegas, divierten al público con sus miserias físicas, unos con su nariz, otros con su aire

aturdido, éste con su voz aguardentosa, aquél con su abdomen estupendo. Como sus colegas, remueven las partes bajas de la lujuria y de la malicia humanas. Como ellos, se elevan hasta cierto talento animal, mezcla de imitación y de indecencia, parodia cruel y descabellada, en la cual el espectador no vale más que el bufón. Ayer, una actriz de esas terminaba cada una de sus estrofas picarescas con unos gritos y un movimiento de caderas propios de verduleras; á la tercera estrofa se detuvo porque ya no podía más, y con el escaso resto de su voz se disculpó. Yo me fuí, quería limpiarme el alma; anduve una legua á pie, al aire libre, á la luz de la luna, hasta el final de la calle del Oeste y subí á casa de mi amigo Wilhelm Kittel, un músico verdadero, que vive solo.

Fuimos compañeros, hace treinta años, en la Universidad de Jena, y hemos filosofado muchas veces ya contradiciéndonos, va de conformidad, en aquellos jardinillos de los arrabales, donde se bebe cerveza bajo los enverjados de lúpulos sembrados de rosas. Después tomamos muy diversos caminos; yo he ganado una fortuna en América; él ha vivido del producto de sus lecciones en Berlin, y luego en Paris; por fin, un tio suyo, que murió oportunamente, tuvo el capricho de dejarle mil escudos de renta; ahora es rico. Pero rico ó pobre, jamás pensó en el dinero. Si esos mil escudos le han alegrado, es porque ya no tiene que perder en las lecciones tres ó cuatro horas diarias, para pagar su comida, sus paletots y su alquiler. Tampoco ha pensado en la gloria: su carácter era reconcentrado y su temperamento timido; las intrigas de París le dieron miedo. Ha preferido no exhibirse; se ha quedado en su casa, leyendo las partituras, yendo á estudiar los oratorios á las bibliotecas. Ha concluido hasta por no ir á

los conciertos ni á los teatros; una ejecución de vanidad, los gorgoritos de las cantantes, la tontería de los aplausos le distraerían de sus sueños; opina que una ópera no se oye bien sino al piano. Cinco ó seis compositores célebres le conocen, y, de vez en cuando, suben á su cuarto piso; los inteligentes, Reber y Gounod, le respetan y quedan satisfechos cuando él dice: «está bien». Como es rígido y seco, no se le pide más. Tiene además la fría altivez de los flemáticos: nunca ha aceptado las comidas que se le han ofrecido; es una regla que se ha marcado; se sabe ya y no insisten; algunas veces ha contestado que no aceptaba, porque no podía devolver el obsequio, y que jamás pagaría en sonatas.

En su sentir, la música es una conversación intima; nadie se explaya por una taza de te ó un pollo, y sobre todo, no deben hacerse confidencias á desconocidos. Yo voy á su casa á pie, como él á la mía; y en la mía ó en la suya, comemos en un solo plato y una botella; una comida más abundante perturba la cabeza, y de este modo, es perfecta la igualdad; yo, sin embargo, quedo siempre obligado, porque él aporta á nuestra conversación muchos más atractivos. Soy casi su último compañero; la muerte, el matrimonio, la separación, la diferencia de caracteres, han hecho el vacio en torno nuestro, y cuando estamos juntos, volvemos á ver, en un pasado encantador, entre una vaga bruma dorada, el primer despertar de nuestro espíritu, con Beethoven, Schelling y Goëthe.

«Federico— me dijo al verme entrar — ahi tienes tu sillón, enciende un cigarro; tenía ganas de verte aquí para repasar nuestras antiguas sonatas: tú cuidarás del agua caliente.» Le estreché cariñosamente la mano y se sentó al piano.

¡Qué bien se está en esta habitación vieja! Es mía tanto como suya, y me hallo aquí mejor que en la mía. Hasta el polvo, que abunda, me agrada.

La alfombra raida, los sillones tan usados, la biblioteca llena de libros que han sido verdaderamente leidos, todos estos muebles honrados causan en el ánimo dulcísima sensación. No hay que admirarlos; no están allí para ostentación; no os hablan de vanidad, como los etagères y las baratijas de una mujer á la moda: sus colores gastados no atraen las miradas; envejecen y se conservan como servidores fieles. Estoy en el gran sillón verde de brazos y respaldo, y no tengo necesidad de aplaudir, de buscar un cumplido nuevo; puedo, con toda libertad, abrir la puerta al sér íntimo, delicado, que cada uno oculta dentro de si, permitirle que salga y vuele sin temor de verse humillado ni arrastrado por el suelo. El agua hirviendo canta; con los pies en los morillos, se mira á las pequeñas llamas, anaranjadas ó azules, que lamen la corteza arrugada de los troncos. El tumulto de las ideas parisienses se borra, y veo cómo se elevan en mí mismo, como otras tantas brumas matinales, las ligeras apariciones del sueño.

-Wilhelm, deso que toques ahora la sonata en sol menor; ya sabes, la obra 90.

Lo que hay de exquisito en la música es que no despierta en nosotros formas; este paisaje, aquella fisonomía humana, tal suceso ó situación precisa, sino los estados del alma, cierto matiz de goce ó de melancolía, cierto grado de tensión ó de languidez, la más rica plenitud de serenidad ó un desfallecimiento mortal de tristeza. La habitual población de ideas es to-

talmente barrida; no queda más que el fondo, la potencia infinita de gozar y de sufrir, los arrebatos y las quietudes de la criatura nerviosa y sensible, las variaciones y las armonías innumerables de su agitación y de su calma. Es como si se trasladaran los habitantes de un país y se borraran las demarcaciones y los cultivos; solamente quedaría el suelo, su estructura, con las concavidades, las elevaciones, el rumor del viento y de los ríos, la eterna poesía alternada de la luz y de la sombra.

—Wilhelm, yo no estaba atendiendo; he disertado por lo bajo; vuelve á empezar, te lo ruego; sobre todo la segunda parte, en mayor.

Repitió esta segunda parte que es tan melodiosa y tan tierna. Un canto de notas cristalinas serpentea por debajo de los acordes, desaparece, vuelve y desarrolla sus espirales ondeantes, como un arroyo en una pradera. Algunas veces se diria que son suspiros de flauta; otras muchas es la profunda suavidad de una voz de mujer amante y triste. A trozos reaparece el alma impetuosa y se lanza en cascadas de notas rápidas, en finos caprichos delicados, en bruscas sonoridades de acordes extraños; después, todo cae de nuevo, un enjambre de vocecitas ligeras suben, bajan y se persiguen, como un estremecimiento, una agitación, una locura deliciosa de aguas murmuradoras, para conducir el aire á su primera canal; la melodia recobra entonces su marcha reposada, y su ola clara, corre por última vez, más tortuosa, más amplia que nunca, entre un cortejo de sonoridades argentinas.

«Beethoven otra vez, Wilhelm; pero ahora más todavia y lo que se te ocurra.»

Tocó más de una hora, pero en verdad, yo no miraba el reloj. Aquel día estaba ronsed (falta la pala-

bra francesa) y yo lo estaba tanto como él. Tocó primero dos ó tres sonatas completas, después trozos de sinfonia, fragmentos de sonatas para piano y violín, de Fidelio y otras piezas cuyo nombre no conocía. El las iba uniendo con algunos acordes y algunos silencios, como un hombre que, abriendo el volumen de su poeta favorito, unas veces lee por el medio, otras al final, ya elige una estrofa, luego otra, según la emoción del momento. Yo oía inmóvil, con los ojos fijos en el fuego, y seguía, como en una fisonomía animada. los movimientos de aquella alma grande ya extinta: aunque no lo está sino para ella misma, pues nosotros la tenemos entera en esa pila de papel ennegrecido. ¡Cuán injusta ha sido con él la fama! Se le reconocía como soberano en lo gigantesco y lo doloroso; á esto quedaba reducido su reino; no se le concede por dominio más que una landa desierta, combatida por los huracanes, asolada y grandiosa, parecida á aquella en que vive Dante. Posee, ciertamente, esa soledad, y ningún músico sino él, entra en ella; pero también habita en otros lugares.

Lo que hay más rico y más magnifico en la campiña exuberante, lo más suave y sonriente de los valles sombrios y floridos, lo más fresco y virginal de la timidez del alba primera, le pertenece como lo demás. Sólo que no llega á ellos con alma tranquila; la alegría le trastorna completamente, lo mismo que el dolor; sus sensaciones de delicias son demasiado fuertes; no es feliz, está arrobado; se parece á un hombre que, después de una noche angustiosa, jadeante, dolorido, recelando un día peor, divisa de repente un paísaje tranquilo y matutino; sus manos tiemblan, un profundo suspiro de alivio sale de su pecho; todas sus potencias, encorvadas y oprimidas, se yerguen, y la

vehemencia de su felicidad es tan indomable como los sobresaltos de su desesperación. Para él hay en cada goce un arrebato; su dicha es punzante, no dulce. Sus allegro saltan como potros en libertad, hollando y ajando la hermosa pradera donde se desbocan. Sus presto más vehementes aún, más desenfrenados, tienen locuras, bruscas detenciones temblorosas, galopadas violentas que aporrean el teclado con sus impetus retumbantes. A veces, en medio de su alegría insensata, aparecen lo serio y lo trágico, y sin cambiar de aire, con la misma furia, su espíritu avanza como para un combate, siempre embriagado por el ardor de su velocidad; pero con saltos tan peregrinos y una fantasía tan múltiple, que el espectador se detiene casi aterrado por la savia de aquella vida salvaje, por la fecundidad vertiginosa de sus movimientos, de sus sacudidas, por la fogosidad de sus expansiones inesperadas, interrumpidas, duplicadas más de lo que pudiera imaginarse, que los explican sin poder jamás agotarlos.

Vino á sentarse á mi lado y me dijo: ¿Tienes noticias de su vida?

—No muchas; únicamente las que han dado los folletines.

—Esta es su biografía por Schindler, un hombre honrado que vivió con él sus últimos años. Léela mientras hago el te.

Yo me puse á hojear el modesto volumen alemán, encuadernado en badana blanca, en que el fiel compañero del maestro, un verdadero famulus alemán, una especie de Wagner, discípulo de otro Fausto, ha anotado todos los detalles que le contaron y los que él vió.

Aquellos detalles, tan positivos, no me parecian ya vulgares. El alma, que acababa de admirar, ennoblecía todo su exterior. Yo volvia á ver al hombre envuelto en su hopalanda vieja, con un sombrero abellado, con sus anchos hombros, su barba descuidada, su poblada cabellera hirsuta, andando descalzo por entre el rocio de la mañana, escribiendo Fidelio y Cristo en el monte Olivete sobre un apoyo que formaban dos troncos de encina, caminando en línea recta, sin ver los obstáculos ni sentir el rigor de la estación, volviendo por la noche á una habitación en desorden, en la que se veían los libros y la música revueltos en el suelo, las botellas vacias, los restos del almuerzo y las pruebas de imprenta amontonadas en un rincón, la misa en re en la cocina, envolviendo algunas cosas; sombrio casi siempre, hipocondríaco, y de repente acometido de accesos de una alegria extraño, recorriendo el teclado con expresión formidable; silencioso, reconcentrado, oyendo las óperas con la impasibilidad de una pagoda; desproporcionado en todo é incapaz de avenirse con la vida. Pero yo conocía también que aquellas excentricidades tenían por causa única una superabundancia de generosidad y de grandeza. Sus cartas de amor, entre frases usuales de su tiempo, tienen palabras sublimes: «¡Mi inmortal adorada!» Vivió en el mundo ideal que describieron Petrarca y Dante. y su pasión no aminoró en nada su austeridad. No pudiendo casarse, permaneció casto y amó contanta pureza como escribió. Odiaba los asuntos licenciosos, y censuraba el Don Juan de Mozart, no solamente porque encontraba en él la forma italiana, sino también «porque el arte santo no debe prostituirse hasta el punto de servir para dar brillo á una historia tan escandalosa.» Puso la misma elevación de alma en los demás intere-

ses importantes de la vida, altivo siempre delante de los principes, esperando á que ellos fueran los primeros en saludarle; observando idéntica actitud ante los más grandes; calificando de traición y de mentira las cortesias y las atenciones de la sociedad, y, como un Rousseau ó un Platón, esperando el establecimiento de una república que haría de todos los hombres ciudadanos v héroes. En lo más profundo de su corazón, vivía, como en un santuario, un instinto más sublime aún: el de lo divino. A sus ojos, las diversas artes y los lenguajes humanos no llegaban á expresarlo; únicamente la música, por su esencia intima, le correspondia. En aquel momento lei esta inscripción que él había copiado de una estatua de Isis: «Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido y todo lo que será. Ningún mortal ha alzado mi velo.» La sabiduría antigua de los Faraones encontró una frase tan augusta como su pensamiento.

Yo dejé el libro, Wilhelm lo volvió á tomar y buscó una página: «Lee también esto, me dijo; es necesario que tengas idea completa de él.» Era su testamento; he aquí su primera página:

¡Oh vosotros, hombres que me miráis como uraño, intratable ó misántropo, con cuánta injusticia me tratáis! Vosotros desconocéis la causa secreta de lo que así se os aparece. Mi corazón y mi índole se inclinaban, desde mi infancia, hacia el tierno sentimiento de la benevolencia: realizar por mí mismo grandes cosas, esta era siempre mi propensión. Pero pensad únicamente en que desde hace seis años estoy atacado de una enfermedad incurable que médicos ignorantes la han empeorado; que perdida cada año más la esperanza de verla aliviada, me he visto al fin obligado á considerarla como debiendo durar cuanto mi existencia...

Nacido con un temperamento activo y ardiente, hasta apasionado por las diversiones de la sociedad, me he visto forzado á retirarme ella joven aún, y á llevar una vida solitaria... Me era imposible decir à los hombres: Hablad más alto, gritad, porque vo sov sordo. ¡Ah! ¡Cómo confesar la pobreza de un sentido que debía ser en mi tan perfecto como en los demás, que en otro tiempo había yo poseído tan perfecto como pocos hombres de mi profesión lo tuvieron jamás! ¡Oh! ¡yo no puedo hacer eso! Casi siempre solo, excepto cuando una necesidad extrema me obligaba á ello, apenas me atrevo á buscar compañía. Yo debo vivir como un desterrado; si me acerco á alguien, es sudando de angustia; temo correr el peligro de que noten mi estado. ¡Pero qué humillación cuando alguien oye una flauta á lo lejos, y yo no oigo nada; cuando oye cantar á los pastores y no oigo nada! Acontecimientos de esta suerte me han llevado casi á la desesperación; ha faltado poco para decidirme á poner término á mi vida. El arte, sólo el arte me ha contenido. ¡Ah! me parecia imposible dejar el mundo antes de haber dado á la publicidad todo lo que yo tenía la misión de cumplir.»

Ahora—me dijo Wilhelm—oye. Y empezó la última parte de su última sonata.

Es una frase de una línea, lenta de infinita tristeza, que va y vuelve sin cesar como un sollozo único y largo. A ella se unen algunos sonidos sofocados; cada acento se prolonga con los que siguen, y muere sordamente, como un grito que acaba con un suspiro; de modo que cada nueva explosión de sentimiento lleva por cortejo las quejas antiguas, y, con la lamentación suprema, se mezcla siempre el eco debilitado de los primeros dolores. Nada hay duro en esta queja, ninguna indignación, ninguna rebeldía. El corazón que

288

la emite no dice que es infeliz, sino que la felicidad es imposible: v, en esta resignación, encuentra la calma. Como un desventurado destrozado á causa de una caida tremenda, y que, tendido en medio de un desierto, ve la fulgurante pedreria del cielo tachonar la bóveda de su última noche, se desprende, se clvida de si mismo, y no piensa ya en reparar lo irreparable: la serenidad divina de las cosas infunde en él una dulzura secreta, y sus brazos, que no pueden ya levantar su cuerpo martirizado, se abren aún y se dirigen hacia la belleza inefable que brilla á través de aquel místico universo. Las lágrimas del sufrimiento se agotan insensiblemente para dejar paso á las del extasis, ó más bien ambas se confunden en una angustia mezclada de delicias. A veces estalla la desesperación, pero al punto reaparece la poesía, y las modulaciones más desesperadas se exhalan envueltas en una magnificencia de acordes tan extraordinaria, que lo sublime sobresale y lo cubre todo con su penetrante armonia. Al fin, después de un gran tumulto y un gran combate, lo sublime sólo subsiste; la lamentación, transformada, se convierte en un himeneo que corre y resuena, llevado en un concierto de notas triunfantes. Alrededor del canto, en lo alto, abajo, en multitudes aprensadas, entrelazadas, extendidas, va un coro de aclamaciones que crece y dobla incesantemente su vemencia y su alegría. El teclado es insuficiente, no hay voz que no tome parte en aquella fiesta, las más graves con sus truenos, las más altas con sus gorgeos, unidas todas en una sola voz, una y múltiple, como aquella rosa divina que vió Dante, cada una de cuyas hojas era un alma bienaventurada. ¡Un canto de veinte notas ha dado origen á tan diversas emociones! Así en una catedral gótica, la ogiva chata de la cripta se en-

corva en arcos á la fúnebre claridad de las lámparas, entre muros húmedos, en la lúgubre obscuridad que envuelve la tumba de un muerto; después, arriba, en la iglesia, libre repentinamente del peso de la materia, se yergue, sube en columnitas hasta el cielo, hermosea las vidrieras con sus festones, extiende sus tréboles en los rosetones iluminados, y hace del templo un tabernáculo.

Potencias invencibles del deseo y de la fantasia. Por mucho que se las combata, jamás perecen. Treinta años de negocios, de números, de experiencia se han amontonado en el manantial; ya se le creia seco, y de repente, al contacto de un alma grande, brota de nuevo tan rico como el primer día; el dique se ha roto, y los materiales pesados, compactos, que impedian la salida, arrastrados por la irrupción, sirven para aumentar la fuerza de la corriente. Por un caso extraño, yo volvía á ver en aquel momento los paisajes de la India, únicos dignos, por su violencia y sus contrastes, de suministrar imágenes para tal música. Al soplar los monzones, las nubes acumuladas forman una muralla monstruosa de humo, que invade todo el cielo y el mar; sobre aquella masa negra vuelan á millares las gaviotas, y la obscuridad formidable, tachonada de alas blancas, avanza hacia la tierra, devorando el espacio y ocultando los cabos en su vapor densísimo. Los buques entonces se internan en el mar. Uno de los últimos días claros y buenos vi desde lejos las Maldivias, doce mil islas pequeñas de coral en un mar de diamante; casi todas están desiertas; el agua duerme en sus senos ó marca una franja de plata en sus arrecifes. El sol arroja allí á puñados sus flechas de fuego;

en las revueltas de los canales brotan corrientes de oro fundido de entre las dos oblicuas. La extensa llanura líquida, sembrada de remolinos, parece un metal que sale de la forja, adornado de arabescos; millones de relámpagos brillan en su superficie, como en las incrustaciones de una coraza; se diria que el tesoro de un rajah, armas y joyas, puñales con mango de nácar, vestiduras con broches de zafiros, cimeras de esmeraldas en los cascos, cinturones de turquesas, sedas de azul claro bordadas de oro y cuajadas de perlas. ¿Con qué comparar aquel cielo de ardiente blancura? Cuando una mujer joven y hermosa, floreciente de salud y estremecida de placer, ataviada ya para su boda, sujeta sus cabellos con la peineta de oro, se adorna con sus collares de perlas y sus pendientes de rubies; cuando todas sus alhajas reflejan sus luces en su carne sonrosada y palpitante, entonces rodea su frente con un velo blanco flotante; pero su rostro lo inunda de luz, y la gasa en que parece ocultarse forma un nimbo que la ilumina. Así, este mar, bajo su cielo esplendoroso, en su riqueza de claridad hirviente, y ya alejadas las nubes lívidas, aparece delicioso y sublime como el himeneo divino de un grande hombre tras la noche larguisima de su desesperación. También su amada tiembla ruborosa, también es demasiado bella, y despierta en nosotros, por simpatía, lo que él por su mérito. Ante él, como ante ella, deja de oirse ó de verse una cosa aislada, un ser limitado, un fragmento de la vida; es el coro universal de los vivos, del que se oyen los cántices de alegría y las lamentaciones de dolor; es el alma excelsa, cuyos pensamientos somos nosotros; la naturaleza entera, quebrantada por las necesidades que la mutilan ó la destruyen, pero palpitante en el seno de sus funerales y elevando siempre al cielo, entre la miriada de muertos que la cubren, sus manos cargadas de generaciones nuevas, con el grito sordo, indecible, siempre sofocado, renaciendo siempre, del deseo no satisfecho.

Yo miraba á Wilhelm; ambos estábamos casi en el mismo estado, y avanzamos uno al encuentro del otro. Dios me perdone, estuvimos tentados á unir nuestras arrugadas fisonomías; pero adivinamos nuestra idea, yo en sus ojos, él en los míos, y nos echamos á reir; á nuestra edad basta con darse la mano. Después me alejé sir decir nada. Me parece que aquella noche hicimos el té, pero que no lo tomamos.